

RECEPCIONES

Política sublime (La recepción de Saavedra Fajardo en Sempere y Guarinos)

Rafael Herrera Guillén*

A Paco, verdadero filósofo y siempre amigo.

1. PRELIMINAR SOBRE EL MÉTODO DEL INVESTIGADOR

El mundo está lleno de gente que sólo piensa en grupo
(Charles Baudelaire, *Mon coeur mis à nu*)

Los mitos, lo ha dicho Blumenberg, se reelaboran continuamente, porque con ellos también nos reelaboramos nosotros mismos: nada ni nadie queda fuera. Ufanos los investigadores nos empeñamos en captar la retórica instrumental que el pasado ha ejercido sobre los mitos históricos. Vano ejercicio éste si creemos que estamos extrayendo verdades fingidas. *Toda retórica sobre el mito es ya una verdad del mito*. Como a un Laocoonte de las letras, la retórica rodea como sierpe venenosa al investigador que, impotente, se intenta zafar de ella para inaugurar la suya. Es entonces cuando escuchamos su grito en forma de verdad hallada. Pero al punto, esta verdad hallada se convierte en otra sierpe que fortalece el mito.

Esta semana estamos conformando un conjunto escultórico que se deja con placer picar por la verdad. Yo haré otro tanto, y me sumo ahora a la escena para ofrecerles yo también esas gotas de verdad que llaman antídoto pero que no pueden dimanar sino de una buena administración del veneno herpetológico. Hablaré de Saavedra, y de cómo lo entendió Sempere, pero sobre todo, haciendo uso del presente, hablaré de ustedes, y si me apuran, hasta de mí mismo.

En Saavedra se cruzan dos aspectos fundamentales, que constituyen algo así como una especie de dialéctica subjetiva en su producción. Saavedra es

* Universidad de Murcia.

el hombre de ideas, el filósofo, que escribe teoría en pequeños tiempos libres que le deja su profesión, Pero también es el hombre real, el embajador, que ha de poner en juego todas las artimañas efectivas para la consecución de los intereses del imperio.

Si no entendemos esta dimensión subjetiva del autor, no podemos observar lo profundo en él, lo que lo limita, lo que, a la vez, le hace grande. En el Saavedra embajador se cruzaron las evidencias reactivas del tiempo histórico contra los ideales del imperio al que representaba. En el sujeto Saavedra se cruzaron de manera paradigmática el maximalismo ideal del imperio católico con la terquedad indómita de la realidad. En él entran en choque frontal el encantamiento moral del alma con el desencantamiento político del mundo. Que, a pesar de las lecciones inequívocas de la realidad, Saavedra finalmente continuara apegado al catolicismo político español, revela la fuerza indeleble del ideal sobre los hombres. Esto no debe extrañarnos ni hacernos hablar con piedad de las inconsecuencias saavedrianas, a no ser que pretendamos salir victoriosos de una *empresa* como los toreros cobardes, que dan en los lomos del libro a toro pasado.

El investigador debe atender al hombre de carne y hueso, porque las letras están llenas de reservas, miserias, grandezas e ingenios que ocultan la materia real que transpira la historia. Existe un límite antropológico insuperable: *Nadie puede descargar de su alma el mito en el que existe*. Saavedra no lo consiguió, pero tampoco puede lograrlo el investigador que se empeña en quitar la escoria mítica de la obra del algezareño para captar el fondo instrumental de su discurso. El investigador tiene el vano deber de arrinconar los mitos en los que viven y manipulan los hombres del pasado. Pero es este un deber inútil: el mito es un círculo infranqueable; la instrumentalización del mito que los investigadores denunciarnos y extraemos de las obras de nuestros antecesores, no es más que la operación que sobre un mito hace un hombre que existe ya en otro. Así, por ejemplo, cuando los investigadores nos empeñamos en demostrar que Saavedra manipula el mito visigodo, no decimos sino que el mito católico está siendo operativo, en sus estrategias de legitimación, sobre otro mito, el de la historia. Este deber del investigador por denunciar las manipulaciones de los mitos no es más que un mito. No existe la instrumentalización del mito. Es más, frente al Cassirer del *Mito del Estado*, pienso que no hay mito técnico. El mito siempre es ingenuo. No hay mayor ingenuidad que esa imagen del investigador cumpliendo candorosamente su deber de desenmascarar un mito instrumental. En última instancia, nosotros, más o menos republicanos, más o menos demócratas, cuando nos empeñamos en desvelar manipulaciones de mitos, no hacemos más que trabajar para nosotros mismos, no por la verdad, sino por esa íntima necesidad de construir un mundo más justo. Pero este deseo, que unos quieren democrático y repu-

blicano, es el mito desde el cual, nosotros, más o menos republicanos, más o menos demócratas, manipulamos los mitos del presente, de un modo que solo la posteridad denunciará, repitiendo nuestro ingenuo gesto de hoy de denunciar, con buen olfato, las mentiras impensadas del pasado.

2. POLÍTICA SUBLIME

En 1804 Juan Sempere y Guarinos publicó el tomo III de su *Biblioteca Española económico-política*. El objetivo de esta obra era consolidar una nueva tradición española mediante la recuperación de las obras de autores significativos para la nueva política reformista¹. Naturalmente, la recepción de estos autores debía quedar filtrada por la crítica, pues sólo de este modo podían mostrar su magisterio para un presente que reclamaba reformas a todos los niveles y, particularmente, según Sempere, en el ámbito económico.

Uno de los autores que incorpora Sempere en su *Biblioteca* es Saavedra Fajardo. Para un investigador actual de la obra del algezaño tal vez pueda resultar poco satisfactoria la lectura del eldense. Puede resultar, incluso, superficial, sin embargo, es de la mayor relevancia para comprender la historia efectual del embajador. El hecho de que Sempere seleccione a Saavedra para su obra indica, obviamente, un reconocimiento. Pero para captar este reconocimiento en su sentido profundo, hemos de ir a otra obra del eldense, en la que considera a Saavedra como uno de los mayores representantes de un tipo de política española absolutamente errónea.

Si buscamos en Sempere un análisis profundo de Saavedra, saldremos decepcionados. Pero no está siempre la relevancia de una recepción en la profundidad de análisis que un autor ofrece sobre otro, sino, antes bien, la superficialidad puede revelar el gesto más profundo de una recepción. No hay aquí un gusto literario por la paradoja. Una recepción no es relevante porque sea intelectualmente profunda, antes bien, es relevante por lo que tiene de indicativo de una toma de posición; del mismo modo que el buñuelo recién hecho debe cogerse con la punta de los dedos para no quemarnos y con una servilleta para no mancharnos.

El reconocimiento más profundo de Sempere respecto de Saavedra reside justamente en las distancias y superficialidades que marca. Las apenas 40 páginas que le dedica adquieren todo su significado si tenemos en cuenta el origen de la *Biblioteca Española económico-política*. En 1786, dieciocho años antes de la publicación de la *Biblioteca*, Sempere envió un proyecto a Carlos

1 Sobre Sempere y Guarinos, puede verse mi *Las indecisiones del primer liberalismo español*. Juan Sempere y Guarinos, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, especialmente el punto «Concepto de política», pp. 53 ss.

III para conseguir financiación. El documento del proyecto, cuyo manuscrito se encuentra en el Archivo Histórico Nacional, y cuya edición preparé para *Res publica*, se titula: *Prospecto de una obra intitulada: Colección de las leyes de España pertenecientes a la política económica con la historia de todos sus ramos*². Pues bien, la *Biblioteca Española económico-política* es la consecución tardía de este proyecto de juventud fracasado, vale decir, no financiado. Las 40 páginas sobre Saavedra de la *Biblioteca* tienen su fondo teórico en el *Prospecto*. El proyecto consistía en una colección de obras y autores de la historia de España que pudieran ser relevantes para la política reformista del momento. En este plan, el joven Sempere expone los criterios de selección de autores sobre la base fundamental de inaugurar un nuevo tipo de política española.

El de Elda maneja dos conceptos de lo político en el *Prospecto*: el concepto de política sublime y el de economía política. La política sublime estaría representada, entre otros, pero muy especialmente, por Saavedra Fajardo. Es la política, dice Sempere, de gabinete, preocupada por las intervenciones militares en el exterior y atravesadas de estrategias y pactos fuertemente dependientes de la voluntad de los soberanos. Frente a esta política imperial católica, Sempere se alza como representante de un nuevo estilo, el de la economía política, que, atendiendo a las demandas competitivas y bélicas del exterior, funda su actividad principalmente en la economía y la razón de Estado. La tesis general del *Prospecto*, que vertebra latentemente la *Biblioteca*, es que sólo una economía fuerte puede fundamentar una política exterior con garantías y consolidar un fuerte patriotismo surgido, no del honor hidalgo, sino de la racionalidad expansiva del comerciante. Afirma Sempere que «las obras de... Saavedra Fajardo... y otros..., extendieron las máximas de la política sublime. ... Pero la política sublime estriba sobre un fundamento falso cuando no va acompañada de las luces de la economía»³.

Sempere consideraba que el imperialismo español, fundado en valores premodernos y aventureros, había calado tanto en la política española, que ésta no era capaz de reorientar sus objetivos sobre bases económicas propias del expansionismo burgués.

Más adelante continúa y afirma con cierta ironía que la monarquía católica española había fracasado en su plan imperial «porque la grandeza de sus ideas no le permitió descender a las menudencias y mecánica de la política económica, o porque se embarazó sobrado con la ejecución de sus elevados designios»⁴.

2 El documento del proyecto se titula: *Prospecto de una obra intitulada: Colección de las leyes de España pertenecientes a la política económica con la historia de todos sus ramos*. Puede verse mi edición en *Res publica. Revista de filosofía política*, 15 (2005) 221-230.

3 *Ibidem*, p. 225.

4 *Prospecto*, o. c., pp. 225-226.

Como veremos, Sempere, aunque considera a Saavedra uno de los principales representantes de esta política, también reconoce en él a uno de los primeros autores que detectaron el origen de su decadencia. A mi modo de ver, este concepto de política sublime semperiano es todo un hallazgo para designar la política imperial de los Habsburgo —política que, por cierto, para Sempere todavía estaba excesivamente vigente en España.

Podemos entender lo sublime como la suspensión de la razón ante el poder absoluto de la potencia natural. Así, pues, lo sublime político constituiría la suspensión de la razón ante al poder absoluto de la potencia política. La consecuencia final del ideal imperial católico es la reducción de la razón y las fuerzas propias a un estado de shock, que en nuestro caso fue la melancolía y el abatimiento.

Todo imperio se sostiene por un ideal. Pero todo ideal, para sostenerse en el tiempo, precisa de fuertes pilares materiales que posibiliten su influencia normativa. Mientras los tercios españoles pudieron mantenerse con el oro de América, el ideal sobrevivió victoriosamente. Por el contrario, cada barco hundido por un temporal o por los corsarios ingleses u holandeses, significaba el hundimiento del poder normativo del ideal. La Monarquía Hispánica era constitutivamente muy heterogénea y su único y más valioso elemento de unidad era la religión⁵. Renunciar a ella era renunciar al imperio y España no estaba dispuesta a renunciar a él. Todavía Ganivet decía a Unamuno en *El porvenir de España* que

«nuestra acción principal no será nunca económica, pues por ella sólo seríamos imitadores serviles. Dice usted, amigo Unamuno, que España fue a América a buscar oro, y yo digo que irían a buscar oro los españoles y no todos, pero que España fue animada por un ideal»⁶.

La terquedad del ideal provocó la melancolía, la pasividad y el pesimismo en los españoles —y aun en parte de algunos actuales. El ideal es más fuerte que la realidad. La evidencia de que los hechos mostraran que España no iba a cumplir su misión histórica, la evidencia de que la monarquía católica de

5 «Si hay un dato distintivo que define y dota de especificidad al imperio español es precisamente la falta de uniformidad en muy diversos aspectos de sus múltiples componentes. J. M. GARCÍA MARÍN, *Teoría política y gobierno en la Monarquía Hispánica*, Centro de Estudios Político y Constitucionales, Madrid, 1998, p. 195. Vid. MONTENEGRO DUQUE (Coord.), *Historia de España. La crisis del siglo XVIII bajo los últimos Austrias (1598-1700)*, Gredos, Madrid, pp. 186-187.

6 Vid. edición digital de la Biblioteca Saavedra Fajardo: saavedrafajardo.um.es.

la nueva Jerusalén estaba arruinada no hizo mella alguna en el ideal, antes al contrario, éste, en su dimensión redentora, alumbró la forma desesperada de la esperanza: la llegada del milagro. Solo un milagro podía salvar a la monarquía hispana. Solo la directa intervención de Dios podía reordenar el cosmos desordenado del presente hacia su lógica imperial. Dios no podía abandonar a la monarquía católica. De este modo, el ideal permaneció incólume. España no obró ajena al principio de realidad simplemente, como puede pensarse. Sencillamente, reconoció que la realidad la humillaba, y se dejó humillar, pero ella ya había hecho todo cuanto estaba en su mano para cumplir su misión místico-histórica. Si el presente se le había rebelado, esto solo podía significar que había que poner toda la fe en Dios, pero en modo alguno renunciar al designio imperial, a la consecución de un cosmos cristiano entendido como mandato divino. Renunciar a esto, era renunciar a su sentido. España no renunció a su ideal; entendió que éste era ya impracticable sin el directo concurso divino; España se sabía perdida sin este concurso. Prefirió sumirse en una esperanza altamente improbable (el milagro) y caer postrada en el rincón más orgulloso de la historia europea, antes que darle la última palabra a la realidad como tiempo definitivo. A este respecto, afirma José María García Marín: *Lo cierto es que el español medio, como sus gobernantes, más que elegidos por Dios para acometer sonadas empresas en su nombre a mayor gloria de España, se habían ido transformando en pasivos mendigos de su generosidad, en continua súplica de milagros que socorriesen a la monarquía*⁷. Pero la mejor descripción de la sociedad española decadente nos la ofrece un inteligente contemporáneo, González de Cellorigo, cuando afirma: «No parece sino que se hayan querido reducir estos reinos a una república de hombres encantados que vivan fuera del orden natural»⁸.

Frente a esta visión atinada de las cosas, vencería la obstinación hidalga del español cantada por el Conde de Villamediana, que canta al pundonor heroico que sintetiza el sentido bélico y económicamente irracional de la política española:

«Y pues al oro vencen los aceros,
Los pechos convertid en corazones»⁹.

En las *Empresas políticas* Saavedra nos ofrece el correlato regio de esta política sublime. Azorín ha considerado que, tras toda la retórica antimacia-

7 Cit, p. 129.

8 Cita tomada de MONTENEGRO, o. c., p. 194.

9 Cita de FRAGA IRIBARNE en D. SAAVEDRA FAJARDO, *Empresas políticas*, Anaya, Salamanca, 1972, p. 15.

veliana de Saavedra, hay una profunda veta maquiaveliana¹⁰. No estoy de acuerdo. Saavedra establece dos modos de reinar y dos tipos de monarca antagónicos que condicionan toda la obra y no son, en modo alguno, un subterfugio retórico para endosar ideas maquiavelianas al príncipe cristiano. Ya en la dedicatoria «Al príncipe nuestro señor», Saavedra ratifica el ideal del príncipe católico mediante la metáfora náutica del reinar como dominio de la brújula imperial, como norte normativo de la política española. Está fechado en 1640. Las negociaciones diplomáticas sobre la paz en Europa comienzan en 1643 y culminarán cinco años después, con la Paz de Westafalia, en 1648, año en que el sueño imperial se acaba para toda Europa, excepto para España. Saavedra, sin embargo, distingue dos modos de reinar: aquel que se deja guiar por «la impiedad, el engaño y la malicia», es decir, el de Maquiavelo¹¹, el de la nueva Razón de Estado, y aquel que se orienta «con la piedad, la razón y la justicia», propio del monarca católico español. Saavedra asegura al futuro príncipe (el fallido Baltasar Carlos Domingo) que mediante la piedad, la razón y la justicia podrá arrojar «animoso y confiado a las mayores borrascas del gobierno futuro». Estas palabras serán un destino: España, ocho años después, se adentrará en una secular borrasca de melancolía.

3. EL PRÍNCIPE SUBLIME

La conformación de la personalidad del príncipe cristiano en las *Empresas* está fuertemente determinada por la ejemplaridad histórica. Historia y política condicionan la construcción subjetiva de la prudencia política del príncipe. Saavedra estudia la experiencia pasada para instruir al gobernante del presente. Este uso de la historia determina la política epocal, y viceversa, la política epocal determina el uso de la historia, y aquí es donde se ponen en juego todos los entramados retóricos del mito.

En este trayecto de co-determinaciones entre la historia y la política, Sempere ya ha roto los nexos, pues considera que la política del presente debe ser ajena al pasado, en la medida en que el pasado son los siglos del error, vale decir, de la política sublime. En las *Observaciones sobre las Cortes y sobre las leyes fundamentales de España*¹², Sempere defiende la tesis de que España tiene una historia plagada de discontinuidades institucionales y constitucio-

10 AZORÍN, *Saavedra Fajardo*, «si leemos con cuidado su libro [las *Empresas*] veremos cómo también aquí asoma, bajo la piel del mastín, un hopo y un hocico que acaso dejan muy atrás a los de la raposa italiana», p. 80.

11 Véase Empresa XVIII.

12 He preparado edición de esta obra de Sempere (dada por perdida por la crítica), junto con la *Memoria primera sobre la Constitución gótico-española*, con un estudio preliminar y una completa bibliografía, bajo el título general de *Cádiz, 1812*, para Biblioteca Nueva, Madrid, 2007.

nales, que la hacen incompatible con cualquier noción de política moderna. España carece de ejemplaridad histórica para este hombre de principios del siglo XIX.

Frente al antihistoricismo semperiano, Saavedra forma parte de la extensa tradición, vigente aún en tiempos de Sempere, de considerar que «la historia es maestra de la verdadera política»¹³.

Naturalmente, hay que diferenciar en todo esto el destinatario de las obras de sendos pensadores. Mientras que Saavedra quiere formar al príncipe cristiano, Sempere, aunque se dirige al monarca, está ya hablando a la nación, a las cortes.

Teniendo esta distinción en cuenta, observamos que el buen príncipe saavedriano deber formarse con la suma de ciencia moderada (no exagerada, pues paraliza la acción), ingenio y sabiduría histórica, pues la historia *Consejero es que a todas horas está con él*¹⁴. Por su parte, para Sempere, el monarca y las cortes, vale decir, la nación, debe disponer de un saber específico sobre la buena política extranjera epocal y desarrollar un sistema económico eficaz.

Por otra parte, Saavedra impone los límites tradicionales del monarca católico, Afirma que: *En las ciencias de Dios no se entremeta el príncipe...*, pues es peligroso y le basta con rodearse de *varones santos y doctos*. Por el contrario, ya Sempere propone, como viejo regalista y proto-anticlerical, que la nación sea católica, pero someta la religión a los designios de los intereses políticos.

Es interesante seguir indagando en las distancias entre el príncipe saavedriano y el monarca semperiano, en la medida en que representan los dos arquetipos más potentes de la monarquía española, la católica y la ilustrada pre-liberal. Una vez captemos las diferencias, podremos entender mejor la recepción semperiana de la obra del embajador.

Siguiendo, pues, con lo que les separa, observamos que el objetivo que moviliza la voluntad del príncipe saavedriano es la fama subjetiva. Saavedra advierte al príncipe sublime que, antes que las obras, la posteridad valorará la ambición y grandiosidad de su personalidad activa. El príncipe sublime debe ser una personalidad extraordinaria, excepcional, heroica. A este respecto, merece la pena leer en su integridad el siguiente texto. Escribe Saavedra:

«No se juzgue por vana la fama que resulta después de la vida, que, pues la apetece el ánimo, conoce que la podrá gozar entonces. [La fama] nace de las obras. Si éstas son medianas, no topará con

13 SAAVEDRA FAJARDO, *Empresas políticas*, o. c., p. 45.

14 *Ibídem*, Empresa XXVIII, p. 128.

ellas la alabanza, porque la fama es hija de la admiración. Nacer para ser número, es de la plebe; para la singularidad, de los príncipes. Los particulares obran para sí; los príncipes para la eternidad. La codicia llena el pecho de aquellos; la ambición de gloria, enciende el de éstos.

[...]Un espíritu grande mira a lo extremo: o a ser César o nada, o a ser estrella o ceniza [...] Apetezca, pues, el príncipe una vida gloriosa, que sea luz en el mundo... Quien desea vivir, rehúsa el trabajo y el peligro, y sin ambos no se puede alcanzar la fama. [...] Los príncipes no tienen otros superiores sino a Dios y a la fama, que los obliga a obrar bien por temor a la pena y a la infamia; y, así, más temen a los historiadores que a sus enemigos; más a la pluma que al acero»¹⁵.

El príncipe ha de llevar una vida plena, activa... debe saber vivir, es decir, cumplir su misión excepcional, pues «No está la felicidad en vivir, sino en saber vivir. Ni vive más el que más vive, sino el que mejor vive; porque no mide el tiempo la vida, sino el empleo»¹⁶. Así, pues, las obras extraordinarias construyen la fama del príncipe sublime.

Sempere, por su parte, aspira a que el rey se deje atraer por una más sencilla fama objetiva. El eldense trabaja por la configuración de un gobernante ejecutivo y frío, capaz de poner en marcha proyectos más prosaicos, pero más útiles para el Estado. Al gobernante semperiano se le juzgará por sus éxitos objetivos, no por sus cualidades personales, si éstas se quedan en la mera admiración de una subjetividad excelsa y no coadyuvan al enriquecimiento y fortalecimiento de la monarquía. El rey de Sempere es una personalidad fuerte y prosaica, es decir: con carácter resolutivo y sentido práctico de la acción política, ajeno a la heroicidad. Su fama dependerá de los resultados de su reinado, de lo que dure su obra, no de la memoria literaria o histórica de su vida. Esta fama objetiva se sustenta en las infraestructuras que un rey lega a la posteridad. Una acequia, una ley desamortizadora constituyen la mejor y más perdurable memoria del príncipe. Obras ordinarias construyen la fama del rey semperiano.

La clave, sin embargo, de la aplicación de la historia en la formación de la subjetividad real en Saavedra reside en la elección de modelos heroicos. Para encontrar la medida de su «púrpura real», es decir, de su reinado, el monarca debe compararse con las virtudes de sus «gloriosos padres». Cada uno de sus antepasados eminentes ofrece al monarca un ejemplo de virtud regia. El

15 *Ibidem*, Empresa XV, pp. 85-86.

16 *Ibidem*, Empresa XV, p. 84.

príncipe debe comparar sus acciones con las de sus antepasados. El algezaño propone algo así como una línea de ejemplaridad de la casa regia para el príncipe nuevo. Dice Saavedra:

«Compare vuestra alteza sus acciones con las de aquéllos [sus antepasados] [...] y enciéndase vuestra alteza en deseos de imitarlos con generosa competencia. ...hasta haberlos igualado con la fama y gloria...»¹⁷

Nada más lejos del rey semperiano, que, si quiere serlo bueno, acaso no tiene más ejemplaridad que ciertos intentos resolutivos de los Borbones, y aun tampoco muchos. El monarca debe fijar su actuación, no en la ejemplaridad, siempre improbable, de los reyes pasados, sino en las prácticas de gobierno que le ofrecen sus sabios ministros (etapa regalista) o sancionan las cortes (etapa liberal)

Ahora bien, después de toda esta revisión comparativa, hemos de reconocer que las *Empresas* dicen muchas más cosas, sobre todo en esos párrafos en los que el embajador, haciéndose cargo de las evidencias del presente, tiene que dotar al príncipe de ciertas cualidades innovadoras para superar los escollos de la decadencia. Y es en este punto donde los caminos de Saavedra y Sempere comienzan a encontrarse, aunque sin dejar de mantener ciertas distancias.

«Teniendo por piloto a la experiencia de lo pasado para la dirección del presente», dice Saavedra, el príncipe debe comparar el estado actual de las cosas con los momentos pretéritos de mayor esplendor. El algezaño sabe que, en este punto, el siglo XVII no resiste la comparación y aprovecha esta evidencia para introducir su análisis sobre las causas de la decadencia española así como la necesidad de que el príncipe sea capaz de innovar, para generar tradiciones que, imitando las del esplendor pasado, superen sus limitaciones. Y es aquí donde Saavedra y Sempere se aproximan. El embajador aconseja a su príncipe que imite la política imperial del pasado, pero corrigiendo algunos de sus errores.

Sempere, naturalmente, es ya más radical, y recomienda inventar la política y abandonar la política imperial como error absoluto. Con todo, el diagnóstico saavedriano sobre los males del imperio coinciden con ciertos análisis semperianos (y de buena parte de los ilustrados), como vamos a ver inmediatamente. El descubrimiento de América, la despoblación, la paz no económica, guerras ligeramente emprendidas son algunos de los elementos que forman parte del diagnóstico de Saavedra que un siglo después entrarán

17 *Ibíd.*, Empresa XVI, pp. 86, 87.

en los innumerables informes del reformismo ilustrado. Naturalmente, Saavedra propone correcciones, pero insiste en la política imperial, mientras que Sempere aboga por una enmienda a la totalidad del estilo político tradicional de la monarquía española. Sin embargo, hay algo más radical en Saavedra, que brota de su experiencia inmediata de las cosas. Frente al ideal imperial, en el que, obviamente, participa espiritualmente, Saavedra corrobora que éste ha llevado al imperio a la comisión de errores muy graves en el pasado que, por muy heroicos, no pueden repetirse ni mucho menos ser imitados por su príncipe cristiano. Habida cuenta de que hubo errores profundos en la política española, el algezaireño avisa al príncipe de que no imite la historia, sino que aprenda de ella para tomar sus propias decisiones¹⁸. A mi modo de ver, es en estas ideas en donde se cruzan magistralmente y sin piedad los dos elementos integradores de la personalidad de Saavedra: el ideal ortodoxo católico con la realidad heterodoxa europea.

El príncipe debe innovar, hacer su propia política, a través de la experiencia histórica¹⁹. Por tanto, debe imitar los héroes, pero a la vez, no abandonar el principio de realidad. El análisis es profundo, e incluso sería certero si la heroicidad ejemplar de la que ha de nutrirse el príncipe cristiano le permitiera asirse firmemente al principio de realidad para superar los escollos del gobierno. Pero el Nuevo Testamento en su versión imperial no es la Odisea. Hay un desfase evidente entre la formación sublime que Saavedra dispone para su príncipe y su recomendación realista de intervención en el presente. Pero este punto de su análisis es lo que queda de provechoso en su obra para Sempere. El ilustrado bien podría suscribir la libertad de acción e innovación de las *Empresas*. El presente debe mejorar, mediante su acción soberana, su propio estado de cosas heredado, porque la innovación funda tradición. No todo lo heredado es ya ejemplar: hay errores sobrevenidos en el tiempo que se han de eliminar en el presente. Esta es la clave para romper con el mito del pasado y su heroísmo. Pero esta ruptura comenzará a tener sus herederos en ilustrados antihistoricistas como Sempere.

18 Cf. Empresa XXVIII, pp. 129 y XXIX.

19 Empresa XXIX, p. 135: «De todo lo dicho se infiere que, si bien es venerable la antigüedad, y reales los caminos que abrió la posteridad por donde seguramente caminase la experiencia, suele romperlos el tiempo y hacerlos impracticables; y así, no sea el príncipe tan desconfiado de sí y tan observante de los pasos de sus antecesores, que no se atreva a echar los suyos por otra parte, según la disposición presente. No siempre las novedades son peligrosas; a veces conviene introducirlas; no se perfeccionaría el mundo si no innovase...; las costumbres más antiguas en algún tiempo fueron nuevas...; lo que seguimos por experiencia se empezó sin ella. También nosotros podemos dejar loables novedades que imiten nuestros descendientes; no todo lo que usaron los antiguos es lo mejor, como no lo será a la posteridad todo lo que usamos ahora. Muchos abusos conservamos por ellos, y muchos estilos y costumbres tuyas severas, rudas y pesadas se han templado con el tiempo y reducido a mejor forma».

Sempere detectó que uno de los prejuicios que más dificultaban las reformas ilustradas era el de la tradición. Bajo el concepto de «anticuomanía» el eldense acusaba a los españoles de fundar su auto-comprensión en un enfermizo enorgullecimiento de los valores del pasado, que les hacía hidalgamente soberbios, y por lo tanto incapaces de actuar autónomamente sobre la realidad inmediata. Esto ya lo había captado Saavedra, al afirmar que «es vicio de nuestra naturaleza tener por mejor lo pasado»²⁰. Bastará a Sempere reducir el pasado de España a historia del error, para conferir al presente un derecho absoluto de acción.

Como vamos viendo, la aparente superficialidad de la recepción semperiana comienza a transformarse en algo más profundo.

Pero Saavedra no estaba en condiciones de hacer una enmienda a la totalidad de la legitimidad del pasado. Ni siquiera nuestros ilustrados lo estuvieron en su gran mayoría —ni parte de nuestros primeros liberales. A pesar de ello, al menos tres elementos de cuantos Saavedra consideró como origen de la decadencia del imperio pasaron a formar parte de los análisis ilustrados. Azorín ha visto esto, pero en su empeño por modernizar a Saavedra, ha dejado de ver otros aspectos, tal vez los más heroicos, y justo por eso, los menos atinados, como los que nos propone en la famosa empresa LX, «O subir o bajar», que hacen de Saavedra también una figura egregia premoderna.

Por una parte, el algezareño considera que los numerosos frentes abiertos debilitaron al imperio. Asimismo, considera que el Descubrimiento de América «Fascinó a los españoles» de tal manera que el espíritu comercial cedió el testigo al militar. El capitalismo de aventura, sostenido por el mito del Dorado, anuló el comercio y la industria castellanos, favoreciendo el enriquecimiento conquistador. Sólo se atendió a la dignidad de las armas y se despreciaron los oficios. Esta situación es el origen de las numerosas respuestas fiscales sobre la honra de los oficios que se vieron obligados a redactar los regalistas. Saavedra, incluso, lamentaba la expulsión de los moriscos y que se hubiera primado la pureza de sangre sobre la estructuración social de la nación.

Sempere hereda todo este diagnóstico de los males estructurales de la política española. Así, pues, si esto es así, hemos de deducir que el eldense no es del todo justo cuando acusa a Saavedra en el *Prospecto* de representante de la política sublime, pues el embajador también fue algo más. Y justo porque fue algo más, Sempere le hizo justicia con su inclusión en la *Biblioteca Española económico-política*. Esta recepción semperiana muestra que Saavedra es siempre dos cosas: por una parte, el embajador, consciente de las evidencias históricas, y por otra, el teórico católico ortodoxo de la monarquía hispánica.

20 *Ibidem*, Empresa LXXXV.

Todo esto obliga al investigador a ser muy sensible al juego de las distancias y las aproximaciones, al juego de la superficialidad y la profundidad de la recepción. Los textos son siempre algo más y algo menos de su sentido. Hay excepciones, como éste que yo ahora les leo, que sin duda es algo menos de lo que revela su grandilocuencia.

Naturalmente, podría extenderme más, y hablarles de la coincidencia de ambos pensadores en su idea sobre el origen del poder. Es éste un tema apasionante, que no trataré aquí para no cometer dos errores: el primero, cerrar el texto, lo cual es siempre un acto de alto riesgo, y segundo, cansarles a ustedes, lo cual ya he conseguido hace tiempo.

Sin embargo, no me dejarán retirarme sin cumplir con la palabra dada. Les advertí que hablaría de Saavedra y de Sempere, pero también de ustedes, incluso de mí mismo, vale decir, de nosotros. Quisiera por tanto, leerles un epílogo final sobre la nueva política sublime contemporánea.

4. EPÍLOGO SOBRE LA NUEVA POLÍTICA SUBLIME CONTEMPORÁNEA

*¡Son tan inferiores las criaturas que se entregan a un ideal!
Sólo son superiores aquéllas que no se entregan a ideal alguno.
El hombre verdaderamente superior es aquel al que le gustaría
tener ideales. No puede tenerlos porque es superior a tenerlos.*

(Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*)

Es posible que observar las cosas desde la división de esferas de acción sea analizar las cosas desde el pasado, es decir, desde la visión del siglo XX. Y como Saavedra y Sempere nos enseñan, el presente tiene sus derechos y sus deberes. Tal vez debamos comenzar a plantearnos algo así como una re-unión de las esferas de acción. La política sublime sin Dios, la del dominio de uno sobre los demás, existe. Tal vez nos encontramos ante la evidencia de un imperialismo de la muerte de Dios. La nueva ley de Dios es la presencia de su cuerpo presente. Éste es el sumo valor de lo político. La ausencia de Dios es el gran valor religioso: es el absoluto de la democracia. Este absoluto se confunde con lo político hasta determinarlo absolutamente. El eco de Dios, su ausencia, su muerte, determina lo político y soporta el imperio. Así, volvemos a la re-unión de esferas de acción: ahora lo religioso permeabiliza lo político con su negatividad absoluta. La retirada de Dios es el dios absoluto que condiciona lo político. Quizás en el fondo no ha habido algo así como una división de esferas de acción, sino una paulatina retirada agónica de Dios de lo político que finalmente ha regresado para ocupar su lugar en lo político. Ese lugar, sin embargo, es el de una gran vacío, el de un gran hueco en el que reposa su

cuerpo presente, y al que anima la determinación solitaria de los hombres. La política es un continuo duelo a lo divino. Quien detenta el poder, tiene *ipso facto* la razón de su lado. Su deber es dominar sobre el mundo: el imperio, mientras no pretenda reanimar el cadáver de Dios.

Recibido: 13 Noviembre 2006

Aceptado: 11 Noviembre 2007